

de la masa en efervescencia. El poeta se mantiene como tal, afirmando en toda su verdad las palabras de Marinello, y consigue así que su bellissimo libro sea el canto angustiado de un gran poeta de América.



LOS ROMANCES ARGENTINOS, por *Arturo Capdevila*.

Brava tarea la de este poeta en sus Romances: narrar episodios de la historia de su patria sin incurrir en la vulgaridad de lo patriotero ni en el lirismo altisonante de los poetas del pasado siglo.

La maestría técnica de Arturo Capdevila y su dominio cabal del idioma en su país en que casi se habla y se escribe en dialecto, dan a este libro aparecido hace muy poco en Buenos Aires el sello preciso de lo clásico americano.

El romance tradicional español, narrativo por excelencia, recupera en esta obra del gran poeta argentino todo el significado que ha ido perdiendo en manos de quienes, olvidando su origen popular, que exige, por eso mismo, sencillez y claridad, quisieron transformarlo en un poema subjetivo, lleno de imágenes y de resonancias dispares.

Estos «Romances Argentinos» (1) de Capdevila son otra cosa que los romances de Luis Cané, en que la imaginación del poeta tomó buena parte para evocarnos magistralmente escenas y tipos de la vida colonial en el Plata. El mismo, en una nota a su «Romance de los saraos y cadalsos del Alto Perú», fija la verdad histórica de un hecho desfigurado por Bernardo Frías en su «Historia de Güemes» y nos dice sin ambages: «Trabajando en este romance he venido a verificar, tal como en otras

---

(1) Editoriales Reunidas, S. A. Buenos Aires, 1938.

oportunidades lo verificara, que en punto a verdad histórica es mucho más exigente la Poesía que mucha habitual Historia».

No se crea, por este ceñirse estricto al hecho acaecido, que el poeta ha puesto el marco lujoso de su verso castellano a un vulgar tratado de historia argentina. En todos los romances está latente el sentido lírico del poeta junto a la facilidad de su versificación sorprendente.—C. P. S.



DEL LARGO CAMINO... , Poesías, por Washington Espejo; Editorial Ercilla. Santiago.

Cuando se anda un largo camino, precísase andarlo con un ritmo suave y mesurado... así sean los ímpetus, las ansias y entusiasmos perentorios que nos cojan a cada instante al ánimo en el trayecto. Habrá de cantar, el que vaya cantando, sin romperse los pulmones; con únicamente el acento necesario para oírse y alegrarse a sí mismo. Y para que le oigan los que vayan a él atentos. ¿Qué más necesidad hay, sino el decir las solamente, las cosas que llevamos en el encendido maletín del corazón?

Cierto que el torrente viene bramando; y el viento brama al trasponer cumbres y saltar valles y extensiones; y el mar traduce sus arrebatos en un bramador impulso insuperable. Todo tiende a expresarse en el menor instante y con la mayor fuerza. Pero el tiempo, que es lo más breve y lo más durable, avanza sin ruidos ni fragores, y el mismo espíritu de Dios es «un silbo apacible y delicado» que sólo oyen los que tienen sensibles y delicados los oídos de su propio espíritu.

Fero cierto es también que no todos los días la tempestad baja bramando de las nubes, ni el torrente de las montañas; y el mar, sólo de vez en cuando nos da la sinfonía